

REPERCUSIONES DE LA REVOLUCION IDEOLOGICA Y CIENTIFICA DEL ULTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX EN LAS INNOVACIONES EDUCATIVAS DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

HERMINIO BARREIRO RODRÍGUEZ

Universidad de Santiago de Compostela

Los acontecimientos históricos de la segunda mitad del siglo XIX en Europa, que se agudizan en el tercio final del siglo y se precipitan en la última década, marcan el nacimiento de una nueva época, la época contemporánea. En el origen de esos acontecimientos tendrá especial incidencia la revolución ideológica y científica que se opera entonces y el incremento de la lucha de clases que arranca de los sucesos del 48. Confluyen entonces toda una serie de poderosas contradicciones económicas, sociales, políticas, ideológicas y culturales, que se desarrollan de una manera compleja y variada a lo largo de nuestro siglo.

En la infraestructura socioeconómica se registra un aumento considerable en la producción de bienes materiales, como consecuencia, sobre todo, del intenso proceso de concentración industrial y de la incorporación de la ciencia y la técnica a ese proceso. Liquidada ya la fase del capitalismo mercantil, se entra de lleno en la del capitalismo industrial. El desarrollo, análisis y perspectiva del modo de producción capitalista maduro es analizado entonces exhaustivamente por Karl Marx en *El Capital*.

Como primeras consecuencias importantes de este proceso, que tendrá amplias repercusiones en el mundo de la educación, cabría señalar la agudización de la contradicción campo/ciudad (iniciada ya en la primera mitad del siglo) y la escisión que se produce entre trabajo intelectual/trabajo manual, como resultado de la profunda división social del trabajo¹.

En el terreno de la economía política, Marx no hace más que llevar

¹ Véase SUCHODOLSKI, B.: *La emancipación social del hombre y las tareas de la educación, en La educación humana del hombre. De la filosofía del hombre y la civilización a los nuevos fundamentos pedagógicos de la época de las revoluciones*. Barcelona, Laia, 1977, pp. 75 y ss.

hasta sus últimas consecuencias los análisis y trabajos de la economía política burguesa, particularmente los de Adam Smith y David Ricardo. De este modo, tomando todo el peso de un modelo científico, la economía, las condiciones de producción y las circunstancias que determinan la vida material de los hombres se incorporan definitivamente al campo de la cultura, es decir, a lo que hoy conceptualizamos como «cultura» en un sentido antropológico e histórico².

En estos años cruciales para la historia contemporánea, el pensamiento humano se incardina en las condiciones materiales de existencia³. El hombre conocía, dominaba y transformaba ya profundamente la Naturaleza. Ese conocimiento culminará en la teoría evolucionista de Carlos Darwin, que incrusta la noción dialéctica de «evolución» en el seno de la Naturaleza viva. Exactamente lo mismo hacen Marx y Engels en el análisis sociohistórico. El hombre es, pues, dueño de la Naturaleza y deberá ser también dueño de su propia historia y de su organización en sociedad.

Mientras tanto, en la práctica política, se producía una fuerte consolidación de las nuevas clases burguesas en el poder, en actitudes abiertamente defensivas y reaccionarias. Es la consecuencia del ascenso de las luchas obreras y de la aparición histórica del proletariado como clase «para sí». La fusión de la ideología socialista con el movimiento obrero va a dar lugar al principal antagonismo de nuestro tiempo: el antagonismo burguesía/proletariado, propietarios de los medios de producción/vendedores de la fuerza de trabajo.

En el terreno científico y técnico tiene lugar un florecimiento desconocido hasta entonces. Es el resultado de la propia evolución de la ciencia y del desarrollo general de las fuerzas productivas, pero también de los cambios profundos que se dan en las condiciones de vida y del descubrimiento de nuevas e importantes fuentes de energía. En este último tercio del XIX y, sobre todo, en su última década y primeras del XX, se establecen los cimientos de lo que será la revolución científico-técnica: se descubre la teoría ondulatoria de la luz, los rayos X, la radiactividad, la teoría de la relatividad, la división celular y las leyes de la herencia, importantísimos medios de comunicación, etc.

Todos estos hechos trascendentales influyen grandemente en la educación y en cuanto la rodea:

1. Se separan dramáticamente Escuela y Vida, como consecuencia

² HORNER, W.: «L'évolution de la notion de culture dans la discussion pédagogique française», en *Paedagogica Historica*, XVIII/2, Gante, 1978, pp. 342-355.

³ KLOSKOWSKA, A.: *El concepto de cultura en Carlos Marx*, en *Cultura, ideología y sociedad*. La Habana, Editorial de Arte y Literatura, 1975, pp. 14-41.

de la pérdida de valores humanistas que la Escuela no logra mantener ni reproducir (grandes movimientos migratorios a las ciudades) y como resultado de la introducción de elementos «profesionalistas» que tampoco la Escuela consigue albergar plenamente⁴.

2. Se extiende la conciencia de una necesaria generalización de la instrucción pública; generalización que dimana de las nuevas necesidades económicas, sociales y políticas y de las permanentes reivindicaciones populares. La modalidad de cada sistema nacional de educación será, a partir de entonces, el gran tema de las relaciones Política/Educación⁵.

3. Aparecen las primeras soluciones eclécticas para lo que será problema importantísimo en el siglo XX: la triple contradicción escuela privada/escuela pública, escuela confesional/escuela laica y escuela neutral/escuela de clase. Las dos primeras serán abordadas con todo rigor en la Francia posrevolucionaria. En España darán lugar a las más encendidas polémicas. La cuestión escuela neutral/escuela de clase estará en el centro de las luchas sociales de nuevo tipo que tienen lugar en la URSS, después del triunfo de la Revolución de Octubre de 1917 y se extenderá más tarde a Occidente bajo diversos planteamientos. Es el problema clave de la sociología de la educación contemporánea.

4. A instancias de la metodología científica y filosófica positivista, nace y se desarrolla la pedagogía experimental, como primer resultado práctico en las aulas de los tanteos iniciales de la psicología experimental: Lay, Meumann, Binet. Este ámbito se adensará muy pronto con las aportaciones capitales de Pavlov, Freud y Watson al «continente psicológico». Se convierte así la psicopedagogía en uno de los principales instrumentos de estudio y análisis del fenómeno educativo.

5. Entra en crisis la escuela verbalista tradicional. Se inicia el paso de la «pedagogía por la instrucción» a la «pedagogía por la acción». Se trata del primer efecto de las teorías de Comenio, Rousseau y Pestalozzi, que empiezan a incidir en los grandes cambios educativos que se avecinan. Esas teorías son el germen principal y más profundo de la llamada Nueva Educación y de los métodos nuevos de la Escuela Activa.

La interacción de todos estos fenómenos en esa coyuntura histórica, confiere características nuevas a la educación, que pasa a ser, cada vez más, una práctica técnica y científica, empírica, experimental e ideológica. La educación es ya, en la conciencia de las gentes, mucho más que un «saber», mucho más que un conjunto de métodos de enseñan-

⁴ Sobre los grandes movimientos migratorios que están en el origen de esta crisis escolar, véase HOBBSBAWN, E. J.: *La era del capitalismo*. 2 vols., Guadarrama, Madrid, 1977.

⁵ Véase, por ejemplo, LUZURIAGA, L.: *Historia de la Educación Pública*. Buenos Aires, Losada, 1964.

za/aprendizaje. La educación se convierte, paulatinamente, para gobernantes y dirigentes, en un «sistema» que debe estar al servicio del Estado y, para las clases populares más conscientes, en un derecho.

¿Cómo se reflejan todos estos cambios en España, en el último tercio del siglo XIX? De 1868 arranca, como es sabido, un proceso de renovación educativa, que se inscribe en un marco más ancho de renovación social. Proceso estudiado ya en buena parte por los más sobresalientes historiadores de nuestra época contemporánea, entre los que podríamos citar, por ejemplo, a Raymond Carr, Tuñón de Lara, Jover Zamora, Yvonne Turin, María Dolores Gómez Molleda, etc. No obstante, la simiente ideológica para ese movimiento renovador estaba ya echada a partir del viaje de Sanz del Río a Alemania —1848—. Para Lorenzo Luzuriaga, con ese viaje se inicia verdaderamente el proceso de renovación⁶. Una de las materializaciones institucionales primeras de ese estilo renovador será sin duda la I.L.E., que se convertirá rápidamente en el elemento punta y de vanguardia de todo lo que pueda relacionarse con las innovaciones educativas. Y. Turin ha dado buena cuenta de ello en su obra más celebrada en España⁷.

La fundación y objetivos de la Institución Libre de Enseñanza se inscriben así en lo más denso, rico y profundo del contexto cultural español del último tercio del XIX. El neohumanismo krausista, el liberalismo constitucionalista de los 80 y las relaciones con la filosofía política del socialismo constituyen los ingredientes más fuertes del caldo ideológico y político del institucionismo.

El neohumanismo krausista viene a ser la primera toma de conciencia. Pero el proceso histórico concreto y la lucha por la renovación parten de las necesidades reales del país⁸. No obstante, no debemos subestimar la aportación personal de D. Julián Sanz del Río, pionero de los reformadores, de cuyas clases se desprende, como señala Tuñón de Lara⁹, un nuevo matiz humanista del saber, un cierto cosmopolitismo y una marcada oposición al oscurantismo dominante. Nace así y se desarrolla una atmósfera cultural nueva; atmósfera que tendrá más peso específico entre los intelectuales de vanguardia que el krausismo como sistema filosófico puro. He aquí la primera fuente de inspiración no estrictamente pedagógica de los institucionistas. Influencia tal vez sobreestimada en las cono-

⁶ LUZURIAGA, L.: «Sesenta años de instrucción pública en España (1868-1928)», en *Revista de Pedagogía*, números 80 y 81 correspondientes a julio y agosto de 1928.

⁷ TURIN, Y.: *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*. Madrid, Aguilar, 1967.

⁸ Véanse los análisis recientes de DÍAZ, E.: En *Socialismo en España: el Partido y el Estado*. Madrid, Ed. Mezquita, 1982.

⁹ TUÑÓN DE LARA, M.: *La España del siglo XIX*, vol. 2, Barcelona, Laia, 1977, pp. 85 y ss.

cidas consideraciones que hacen en sus estudios respectivos Pierre Vilar y Carlos Lerena¹⁰.

En el último tercio del XIX se dan una serie de síntomas de modernidad y de cambio en la vida española, que tendrán su reflejo en el mundo del pensamiento y de la cultura. El Sexenio deja huellas profundas que llegarán a generar el ambiente típico del liberalismo constitucionalista de los 80¹¹. Cobra arraigo la idea de la necesaria alianza entre Política y Educación como método de modernización del país. Alianza que pretende ser utilizada también como instrumento de acceso al poder por parte de la burguesía liberal. La vieja idea ilustrada de que no puede haber revolución política sin revolución educativa se impone, pues, en España cien años más tarde y terminará uniéndose al movimiento de la Escuela Unica (ya en nuestro siglo), que llevan a cabo, con particular énfasis, algunos intelectuales educados en la I.L.E. España es ya un «problema pedagógico», pero también un «problema político».

Esto significa que la lucha se plantea, de una manera abierta, en términos de tradicionalismo o renovación. No se trata de un fenómeno de pura superestructura cultural, sino que obedece a razones de fondo. Las fuerzas culturales tradicionales se encuentran en los sectores más retrógrados y conservadores de la sociedad. Las fuerzas renovadoras se alinean con los sectores burgueses más progresistas —que ya tienen esbozado su proyecto político—. Se trata del viejo tema de la «revolución pendiente» y es la expresión del deseo de colmar años de retraso con relación a la Europa capitalista más avanzada.

De este modo, junto al neohumanismo krausista, que está en el punto de partida de las innovaciones educativas institucionistas, aparecen con singular vigor en la década de los 80, el liberalismo constitucionalista y la filosofía política del socialismo, recientemente fortalecida con su plasmación en un partido y en diversas organizaciones de masas. Se produce así una importante aproximación, con objetivos claros de renovación y cambio, entre institucionistas y liberales, por un lado, e institucionistas y socialistas, por otro. Toma cuerpo (sobre todo a partir de 1884/1885) una pujante confluencia entre liberalismo, movimiento obrero y renacimiento cultural.

El futuro va a perfilar con singular nitidez las relaciones entre institucionismo y socialismo (dos focos capitales de la renovación histórica española hasta 1936, es decir, durante el período que los historiadores deno-

¹⁰ VILAR, P.: *Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1979 y LERENA, C.: *Escuela, ideología y clases sociales en España*. Barcelona, Ariel, 1976.

¹¹ Véase JOVER ZAMORA, J. M.ª: *Historia de España, VIII, Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*. Barcelona, Labor, 1981.

minan la Edad de Plata de nuestra cultura), dejando un poco en la ambigüedad y en la penumbra las vacilaciones de la burguesía liberal.

A partir de entonces, la alianza entre estas dos fuerzas sociales (institucionismo y socialismo), con importantes implicaciones de clase, será ya un objetivo político permanente que, con cierta audacia, podemos decir que llega hasta nuestros días. Tras apagarse ligeramente a raíz de los acontecimientos de 1898, volverá a prender con fuerza en 1914/1915. Este fenómeno histórico de la España contemporánea tiene su origen en el papel dirigente y especialmente activo de la clase obrera durante el primer tercio del siglo XX¹² y también en la necesidad imperiosa de romper el subdesarrollo cultural del país por parte de los intelectuales.

Esta tarea común dará lugar a la primera aproximación seria entre los dos polos de la sima más profunda en la división social del trabajo: trabajadores manuales y trabajadores intelectuales. Problema denso y complejo que se resumirá en la contradicción de la II República (1931-1936): ¿España, «República de trabajadores de todas las clases» o España, «República de intelectuales»?¹³, que requeriría un detenido análisis de clase.

Lo que sí nos interesa resaltar es que, tanto institucionistas como socialistas están especialmente interesados en la ruptura de un sistema económico, político y cultural arcaico y en proceder a su completa renovación. He aquí su objetivo común. Objetivo que estará siempre presente en las innovaciones educativas que pone en marcha la I.L.E.

Un gobierno controlado por las clases dominantes tradicionales de nuestro país no podía ser el mejor acicate para ese proceso de renovación que, hacia finales de siglo, parecía imparable. Curadas en un primer momento las heridas del «desastre» (1898), España andaba en busca de sí misma, a través de los trabajos y desvelos de ciertas élites intelectuales. Asistimos a la quiebra lenta de un Estado viejo...

La cuestión educativa había pasado ya —como vimos— al primer plano. Un Estado así no podía acometer tal renovación en el ámbito educativo. Sólo quedaba la iniciativa renovadora de carácter privado o la que pudiera encontrarse en otras instancias y organizaciones sociales. Ese era el vacío que pretendía llenar la I.L.E. En aquel momento —últimos años del XIX, en los que se está gestando lo esencial de nuestra centuria—, la educación era ya parte inseparable del proyecto político, aunque el problema social no pudiera reducirse a lo estrictamente pedagógico (como pretendían en alguna de sus declaraciones programáticas ciertos inte-

¹² VILAR, P.: *Op. cit.*, pp. 118-120.

¹³ Véanse al respecto los estudios, ensayos y novelas de Tuñón de Lara, Pierre Vilar, Bécarud y Campillo, Koltsov, G. Jackson, Ilya Enremburg, etc.

lectuales del 98). En ese empeño, coincidirían en su trabajo común institucionalistas y socialistas. Su colaboración será más estrecha cada día¹⁴.

La I.L.E. nació, pues, «condenada» a ser algo más que una experiencia pedagógica. La Institución influirá poderosísimamente en ciertos sectores de la cultura de entonces, creando una atmósfera única y modelando un nuevo tipo de hombre. Se convierte así, entre otras cosas, en una escuela de cuadros técnicos y políticos. La obra de la I.L.E. llega a diversos puntos de la geografía española y deja huellas profundas en el terreno de la investigación científica, en el de la cultura artística, en el del periodismo pedagógico, en el de la preparación para la política, etc. Su programa abarca amplios objetivos humanistas y no puede hacerse de él una lectura sociológica abstracta y reduccionista. La obra que impulsa Giner trasciende —en la medida en que puede hacerlo la educación— las limitaciones de clase. La Institución Libre de Enseñanza y sus fundaciones fueron algo más que un apéndice reproductor de una estructura estatal inestable.

¹⁴ DÍAZ, E.: *Op. cit.*, pp.7-68.